

# TRAS EL



# TERREMOTO



- ¡Mamá corre! ¡Corre! ¡Mamá! - grite desgarrándome la garganta.

Ella corría todo lo que podía pero no era suficiente, la tierra se la tragó igual que hizo con el resto de mi tribu.

Entonces el miedo me paralizó y me quedé mirando la enorme grieta en el suelo, que avanzaba hacia mí aumentando aún más su tamaño. Al ver que el suelo empezaba a desaparecer a escasos metros de donde yo me encontraba, mi instinto tomó el control y corrí, corrí como nunca antes lo había hecho.

Todo a mi alrededor empezó a tambalearse, me caí, me golpeé la cabeza contra algo duro y sentí cómo me iba, cómo el mundo desaparecía.

Me desperté de golpe, hiperventilando y sudando a pesar del frío que hacía. Recordé lo que había pasado el día anterior bueno, en realidad, no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, así que podía haber ocurrido hacía días. Al intentar ponerme en pie supe que sí que había estado un tiempo inconsciente, mis articulaciones crujieron y me resultó casi imposible levantarme. Cuando lo conseguí, vi lo débil que estaba, sin duda alguna hoy sería un día de caza, por suerte tenía el arco de madera y las flechas que mi padre me había fabricado cuando yo era una renacuaja. Sentí un pinchazo en lo más profundo de mi corazón y lágrimas silenciosas empezaron a brotar de mis ojos. Mi padre ya no estaba, ni mi hermano, ni mi madre, ni ninguno de mis amigos... nada, ya no me quedaba nada, solo recuerdos, que antes habían sido de felicidad y ahora eran tan dolorosos...

«No» me dije «no pienses en eso, ahora tienes que seguir adelante como ellos querían que hicieras».

Me enjuagué los ojos e inspeccioné el terreno, lo conocía,



los alimentos necesarios en el lugar habitual.

Utilicé todos los recursos que tenía para encontrar animales pero este lugar estaba desierto. Vi un par de arbustos con bayas pero no eran suficientes para saciar mi hambre, lo bueno fue que de la sed no me tuve que preocupar porque había un arroyo en medio de un claro del bosque con el agua cristalina y fresca. Pero seguía sin tener que comer y cada vez estaba más débil.

El sol estaba en lo más alto y, en comparación a cuando me había despertado hacía un calor insostenible, me senté a la sombra de un roble e hice inventario de todo lo que tenía: mi arco, un carcaj con quince flechas, una piedra afilada que utilizaba como cuchillo, un hacha de mano y en mi pequeño zurrón de cara un puñado de bayas. Lo organicé todo, me disponía a marcharme cuando vi al lado del árbol, donde había estado sentada, un arpon. ¡Un arpon!

Lo cogí y corrí hacia el arroyo. De inmediato me puse a pescar. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Desde la primera vez que había ido a cazar con mi padre y el resto de hombres de mi tribu llevaba siempre un arpon encima, por si alguna vez me encontraba en una situación como esta. Una sensación de alivio me embargó.

Cuando terminé de pescar encendí un fuego, cociné los peces con las bayas que me quedaban y me di un gran festín. Me apoyé contra una roca, cerré los ojos y dejé que mi mente vagara hasta quedarme dormida.

Me desperté alerta al escuchar un ruido cerca de mí, armé el arco con una flecha lista para disparar ante cualquier indicio de movimiento. Miré a mi alrededor pero no vi nada ni a nadie. Después me fijé en que habían rebuscado en mi zurrón

y habían dejado las cosas por ahí tiradas. Volví a mirar a mi alrededor y esta vez vi una mata de pelo rizado asomar por un lado de un árbol.

-Sal de ahí- dije con voz imponente- Te estoy viendo, como no salgas te juro que disparo - mi voz sonó más firme de lo que pretendía. Y una pequeña figura salió de entre las sombras temblando de pies a cabeza. Un grito de sorpresa salió de mi boca. Era un niño pequeño de unos ocho años, tal vez nueve.

Sus cabellos castaños le caían sobre los ojos. Sus ojos... Eran iguales que los de mi hermano pequeño, de un marrón hermoso, pero también eran iguales a los que había visto justo antes de que desapareciera en lo más profundo de la tierra. Liedo, eso era lo que reflejaban. Inmediatamente quise protegerlo y no permitir que nada le hiciera daño.

-¿Cómo te llamas?- pregunté.

Dudó un instante antes de contestar.

-Anso.

-Yo soy Tana - seguí su mirada que llevaba hasta los restos de pescado de mi comida - ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?.

Asintió con la cabeza y le hice un gesto con la mano para que se acercara.

-Come esto - le dije pasándole un puñado de bayas que me habían sobrado - mientras, yo voy a pescar algo.

Cuando me alejaba miré de reojo, me pareció ver felicidad en sus ojos. ¿Cuanto tiempo llevaría solo? ¿Había perdido a su familia igual que yo? Un millón de preguntas rondaban por mi cabeza, pero aún no era el momento de hacerlas.

Cuando terminó de zamparse todo lo que había conseguido pescar me decidí a hablar:

-Anso... - no sabía como preguntarte así que fui al grano sin andarme con rodeos - ¿A tu familia también se la trago la tierra?.

-Era una época de escasa cosecha - comencé a hablar - apenas teníamos que comer, empezamos a dejar de hacer sacrificios a los dioses, el brujo de la tribu nos había avisado, "los dioses se enfurecerán" nos decía, pero no le hicimos caso. Entonces, una gélida noche el suelo empezó a temblar, una enorme grieta empezó a abrirse en el suelo bajo nuestra cueva, la mayoría se precipitaron en su interior, tan solo unos pocos conseguimos escapar, pero otra grieta nos cerró el paso, yo corrí, cogí impulso y salté; conseguí llegar hasta el otro, cuando miré atrás, el agujero era gigante, imposible de cruzar, vi a todos los que se habían quedado atrapados entre las grietas, impotente como me sentía grité; entonces vi a mi madre que llevaba a mi hermanito en brazos, estaban aterrorizados. Mi madre gritó algo, pero no llegué a escucharlo por el ruido del suelo al romperse. Todos cayeron al vacío. Me sentí tan abatido que avancé hasta estar al borde del precipicio, me tambaleé adelante y atrás, en el último momento recordé lo que mi madre me había dicho cuando mi hermano se había puesto muy enfermo: "si se va, vive por los dios, y no te preocupes, si tú estás feliz él también lo estará." Así que di media vuelta y empecé a vivir una vida por todos -. No había dolor en sus palabras. Me quedé asombrada.

Se levantó.

- Ven, te mostraré dónde he estado viviendo todo este tiempo -. Y me guió fuera del claro del bosque.

Me llevó a una pequeña cueva camuflada entre los árboles y la maleza. Su interior era gélido pero acogedor. Y ese olor... Oía a mi antiguo hogar. Por un instante me sentí completa. Cuando observé la cueva con detenimiento vi dibujos en las paredes, eran increíbles.

- ¿Has hecho tú eso? - pregunté.

- ¿El qué? ¿Las pinturas? - asentí con la cabeza - Sí - respondió indiferente.

Y vivimos allí durante semanas, incluso meses. Yo le enseñé a cazar y él a mí a pintar en las paredes de la cueva. Un día lo vi pintar en las paredes unos símbolos en rojo, parecía tan concen-



Telva Sánchez Ceto 2º